

TRAMPAS Y REENCUENTROS*Octava hora de la oscuridad. Día 2°.**Octavo territorio de la Duat.*

Tras completar el descenso, Akhón se detuvo. Tahar y Alara le seguían muy de cerca. Los dos soldados observaron con disgusto cómo sacaba de nuevo su misterioso plano. El joven nubio, ajeno a la impaciencia de sus captores, se esforzaba al máximo tratando de orientarse entre aquel maremágnum de símbolos. Pasados unos tensos instantes, Akhón tuvo que admitir su fracaso. Era incapaz de desentrañar el significado del mapa más allá de lo que ya había descubierto antes. La tumba que debía buscar era la de Tutmosis III, de eso estaba seguro, pero no había forma de averiguar su paradero. Guardó el plano entre sus ropas y miró a los guerreros con aire resignado. Las expresiones de sus rostros reflejaban tal expectación e impaciencia que el joven nubio se atragantó. A punto estaba de reconocer su desorientación cuando un áspid de brillante y verdosa piel se interpuso en su camino. La víbora dejó de serpentear, se detuvo ante él y le miró fijamente. El miedo paralizó a Akhón. Conocía bien la rapidez y las letales secuelas de sus ataques, así que evitó provocarla por todos los medios. Sin embargo, había algo en su expresión que le sorprendió. Akhón no sabía bien si se trataba de una amenaza, una advertencia o una invitación. Sin darle tiempo a reaccionar, el áspid reanudó su marcha. Mientras se alejaba lentamente, serpenteando con elegancia, Akhón observó asombrado las curiosas manchas amarillentas y pardas que adornaban las escamas de su triangular cabeza. El joven nubio reconoció con claridad una estrella de siete puntas dibujada en su cuerpo.

Cuando los soldados le interrogaron, Akhón contestó con tal aplomo que Tahar y Alara no tuvieron más opción que creerle. Sin atreverse a dudar de sus palabras, le siguieron confiados. No le resultó difícil perseguir el rastro de la serpiente. Las onduladas huellas de su vientre, cuya efímera presenciaba amenazaba el implacable viento del desierto, formaban un sinuoso e inconfundible trazado. Ignorando el prodigio que acaba de manifestarse ante los ojos de Akhón, Tahar y Alara siguieron atribuyendo al mapa la certidumbre que demostraba el joven. Los soldados estaban totalmente convencidos de que había conseguido averiguar su significado y que por fin seguían la ruta que les conduciría hasta su objetivo.

No llevaban mucho rato caminando cuando, repentinamente, el rastro de la serpiente desapareció. La víbora se esfumó engullida por la arena sin que Akhón pudiese hacer nada por evitarlo. La última de las huellas que distinguió parecía señalar en dirección a un pequeño declive del terreno. Akhón lo examinó atentamente. Enseguida percibió las modificaciones realizadas en aquella estribación de la montaña. La naturaleza no tenía nada que ver con ellas. Si había algún acceso a la tumba de Tutmosis debía estar allí.

—La entrada está cerca. Allí abajo —dijo apuntando en la misma dirección hacia la que señalaba la huella de la víbora—. Debemos descender un poco.

Pronto alcanzaron el final de la pendiente. Al llegar a la pequeña llanura en la que desembocaba, Akhón se giró y observó tras de sí una extraña acumulación de materiales que contrastaba ostensiblemente con el resto del entorno. El joven comprendió enseguida que se hallaba

ante la entrada de la tumba. Tuvieron que retirar algunos cascotes y piedras para descubrir parte de la puerta de acceso al hipogeo. Por fin, la portada apareció ante sus maravillados ojos luciendo toda su grandeza y misterio. Los bloques de piedra que la formaban eran tan enormes y estaban tan firmemente encajados que pensaron que no serían capaces de abrirla nunca. La sólida construcción poseía la increíble perfección que solo la arquitectura egipcia era capaz de alcanzar. Por un momento, pensaron que resultaría imposible acceder a su interior.

Akhón observó detenidamente cada bloque de piedra. No todos eran exactamente iguales. A su derecha, situado a media altura, se encontraba el más pequeño de ellos. El joven nubio se aproximó y lo palpó. Tanteó su volumen y hurgó en sus juntas. Al retirar sus manos notó con asombro que una luz fosforescente emanaba de sus juntas. Repitió la operación sobre los otros bloques que limitaban con este y obtuvo idénticos resultados.

—Tenemos que mover esta piedra primero —ordenó a los dos guerreros—. Emplead vuestras lanzas para hacer palanca.

Alara y Tahar se abalanzaron ansiosos sobre el sillar. Una y otra vez perforaron sus juntas con las lanzas a fin de agrandarlas. Trabajaron con denuedo, sin desanimarse ni dejarse vencer por el cansancio, hasta que el bloque se desplazó un poco. Cuidadosamente, introdujeron una de sus puntas y profundizaron más tratando de separarlo del bloque contiguo. Haciendo palanca con aquella improvisada herramienta lograron desplazarlo hacia delante. Los soldados fueron alternando la presión en cada lado hasta que consiguieron sacarlo casi por completo. Finalmente, el sillar cayó a sus pies. Alara se asomó ansioso por el hueco recién creado, pero las manos de Tahar le obligaron a volver al trabajo. Ampliaron la abertura hasta permitir el paso de una persona. El soldado se acercó a la hendidura y echó un vistazo. Apenas podía distinguirse su interior. Con un gesto, ordenó a Akhón que se preparara. El joven nubio se acercó y permaneció en silencio unos instantes contemplando el acceso. La idea de profanar aquella tumba le disgustaba profundamente. No obstante, al notar la punta de la lanza de Alara en su espalda, se aprestó a entrar. Con sumo cuidado, deslizó una de sus piernas a través de la abertura e introdujo parte de su cuerpo en el interior. Después, pasó el resto a través de la hendidura hasta que su figura desapareció en la oscuridad.

Akhón evaluó la situación sin precipitarse. Permaneció quieto unos instantes permitiendo que sus ojos se acostumbraran a la inquietante negrura de la tumba. Era imprescindible aclimatarse a la oscuridad si quería distinguir las dimensiones del hipogeo y su estructura interior. Cuando consiguiera orientarse, avanzaría a través de él y se internaría lentamente a través del corredor que se adivinaba. El joven comprobó lo difícil que resultaba adaptarse a aquel sombrío mundo subterráneo y pensó que no le quedaría más remedio que avanzar a ciegas. Reparó entonces en aquella extraña fluorescencia que ya había descubierto desde el exterior de la tumba. Curiosamente, la misteriosa luminosidad emanaba solo de la pared izquierda del corredor. Akhón interpretó aquel hecho como una señal y decidió avanzar pegado al muro del que surgía el resplandor. Apenas había dado unos cuantos pasos cuando las voces de Alara y Tahar le reclamaron desde el exterior.

—¿Estás bien muchacho? ¿Qué ves? —preguntó impaciente Tahar.

—Es imposible distinguir nada —contestó Akhón—. Apenas puedo orientarme.

Los soldados intercambiaron sendas miradas. Dudaban de la sinceridad del joven. Tahar decidió pasar a la acción.

—Si el muchacho puede entrar en la tumba, nosotros también. Vamos, Alara.

Se deslizaron a través de la abertura siguiendo los pasos de Akhón. Pronto comprobaron que el joven no mentía. Ni siquiera era posible distinguir la forma de la portada principal que acababan de atravesar. Alara notó al tacto la frialdad de una de las jambas que sostenían el pesado dintel. Rozó con sus dedos su superficie y al hacerlo sintió las marcas de la escritura sagrada. Temiendo las consecuencias que podía acarrear su profanación, retiró respetuosamente su mano y se limitó a observar los signos grabados en la piedra. Aunque el mismísimo Ra le hubiese alumbrado, hubiera sido incapaz de descifrar su mensaje.

Tahar, atraído por el extraño resplandor que emergía de una de las paredes, avanzó unos pasos por el corredor de la tumba. Intrigado, siguió con la mirada el luminoso rastro que emanaba de ella. Parecía indicar la dirección a seguir. Los destellos se distribuían irregularmente a lo largo del muro brillando con desigual intensidad. Conforme recorría la galería, fueron apareciendo nuevos reflejos que se iluminaban a su paso. Las luces parecían invitarle a seguir aquella extraña ruta. Antes de continuar, se detuvo y solicitó la ayuda de Akhón.

—¿Dónde estás, muchacho? —preguntó tratando de descubrir su situación—¿Por dónde debemos seguir ahora?

Akhón meditó con cuidado su respuesta. La oportunidad que se le presentaba era excelente. Probablemente, irrepitable. Si decidía escapar ahora, los soldados no podrían reaccionar a tiempo. Habían cometido un error al permitir que fuese el primero en acceder al interior de la tumba. Bastaba con alejarse de allí rápidamente. Las dificultades serían las mismas para todos, pero contaba con cierta ventaja. Akhón sabía muy bien que su tiempo se agotaba. Cuando encontraran el tesoro ya no les sería útil. Los soldados acabarían rápidamente con él. No había nadie que pudiera evitarlo. Su cuerpo quedaría abandonado eternamente entre aquellos muros. El joven sopesó los riesgos y ventajas que le proporcionaba su nueva situación. Aunque la distancia que le separaba de sus captores no era excesiva, la ocasión parecía propicia. Sin embargo, entrañaba grandes riesgos. Un tropezón, una duda y caería de nuevo en sus manos. Necesitaba tiempo para distanciarlos más. De repente, sonrió. Sabía cómo lograrlo.

—Estoy enfrente de vosotros —mintió mientras se alejaba.

Tahar sonrió satisfecho al comprobar que Akhón se encontraba muy cerca. No obstante, su veteranía había acentuado su desconfianza y con voz amenazante ordenó:

—No te muevas, muchacho. Aguarda a que te alcancemos.

Tahar, astutamente, había comenzado a andar por el lado izquierdo del corredor. Mientras indicaba a su compañero que le siguiera por el otro lado de la galería, añadió:

—¡Guíanos con tu voz, muchacho! ¡Háblanos mientras nos acercamos a ti!

Akhón no estaba dispuesto a permitir que le alcanzasen y trató de mantener las distancias. Había alcanzado con más rapidez de la prevista el primer descansillo y eso le animó. Con precaución, pero sin entretenerse demasiado, tanteó el suelo que se extendía justo enfrente de él. En seguida descubrió el primer peldaño de la escalinata que conducía al segundo nivel del hipogeo. Descender por aquella empinada escalera iba a requerir más tiempo del que disponía. El joven dudó un instante. Finalmente, decidió afrontar el riesgo y comenzó a bajar con cuidado los escalones. Los soldados se acercaban de prisa. Akhón aceleró asumiendo el peligro que suponía hacerlo. Justo cuando Tahar se asomaba al principio de la escalera se escuchó un grito terrorífico que les dejó helados.

Era Alara quien chillaba espantado mientras su cuerpo se precipitaba por la rampa que había

activado involuntariamente. Tahar reaccionó con gran rapidez. Retrocedió corriendo hasta alcanzar la trampa y se arrojó al suelo extendiendo sus brazos en dirección a su compañero. Alara, sin dejar de gritar desesperadamente, luchaba por salvar su vida tratando de agarrarse a cualquier cosa que frenara su caída. En el fondo de aquel pozo, cientos de cuerpos serpenteaban amenazadores levantando sus siniestras cabezas y mostrando sus bífidas lenguas sin dejar de silbar. Justo cuando su cuerpo colgaba a través de la siniestra abertura, Tahar logró aferrar uno de los brazos de su compañero y lo sostuvo en el aire evitando su caída. El veterano soldado acusó el peso de su compañero, pero resistió el tiempo suficiente para poder agarrarlo con el otro brazo. Tahar se echó hacia atrás todo lo que pudo y comenzó a tirar de él. Poco a poco, el cuerpo de Alara emergió de entre las sombras. El soldado apoyó sus manos sobre el suelo del corredor y logró salir por completo del agujero. Los guerreros, exhaustos, quedaron tumbados boca arriba jadeando violentamente.

Akhón ignoraba qué estaba ocurriendo exactamente, pero al escuchar los gritos desesperados y las blasfemas imprecaciones de los soldados no lo dudó. Con toda la ligereza de que fue capaz continuó bajando hasta completar el descenso. No tardó mucho en alcanzar el descansillo del segundo nivel. El joven nubio se detuvo y respiró profundamente tratando de dominar su excitación. Sus músculos agradecieron el breve reposo y respondieron agradecidos, pero no podía permitir que se relajasen completamente. Trató de poner en orden sus ideas. Pese a que el contraste entre su propia excitación y la exasperante calma que lo rodeaba le aturdiría, recobró el dominio de la situación y agudizó sus sentidos. La tumba parecía haber engullido a sus perseguidores. Akhón pensó por un momento que se había librado de ellos para siempre. Sin embargo, la realidad no parecía dispuesta a ser tan complaciente. Bastó una mirada a su alrededor para comprobar lo infundado que resultaba su optimismo. Todos sus intentos por reconocer las formas y dimensiones del nuevo corredor que se extendía delante de él fracasaron. Bajo sus pies, sintió una interminable sucesión de losas que encajaban perfectamente sin que apenas pudiera notarse dónde empezaba y terminaba cada una de ellas. Akhón se agachó y las tanteó con cuidado. Sus ágiles dedos se deslizaron a lo largo del perímetro de la más cercana comprobando su perfecta regularidad. La maestría del constructor le impulsó a confiar en la solidez de aquella obra. Akhón adelantó despacio uno de sus pies. Sintiendo seguro, aceleró el paso.

Continuó avanzando con decisión por el centro de la galería. Al poco, encontró la pequeña estancia que se abría en ese lado del corredor. Todavía no había alcanzado la entrada a la cámara cuando un chasquido metálico resonó con nitidez en sus oídos. Instintivamente, Akhón bajó la mirada. Apenas tuvo tiempo de seguir el siniestro movimiento iniciado por varias de aquellas losas. Mientras el suelo cedía bajo sus pies, un sexto sentido le impulsó a retroceder bruscamente. Afortunadamente, su rápido movimiento le permitió alejarse lo suficiente de aquellas espantosas fauces que amenazaban con tragárselo. Aquello salvó su vida.

Cuando la pérfida boca del horrible pozo quedó completamente abierta, el ruido cesó. Akhón, sobrecogido por un miedo indecible, se incorporó lentamente. Súbitamente, empezó a desplomarse otra fila de piedras. Parecía que todo el suelo iba a hundirse de un momento a otro. A punto de ser engullido por aquel espeluznante pozo, el joven nubio tomó una decisión desesperada. Reunió todas sus fuerzas y dio un salto hacia delante. Al notar el violento choque de sus huesos con el pavimento apretó con fuerza su cuerpo contra el suelo mientras, ahuecando sus manos y su vientre, trataba de provocar un efecto similar al de una ventosa. El joven, inevitablemente atraído por el peso

de sus piernas, comenzó a deslizarse sobre las últimas losas que se mantenían firmes. Su cuerpo resbalaba peligrosamente en dirección a las horripilantes entrañas del hipogeo.

La lucha era feroz y desigual. Akhón notó la insoportable presión en su pecho y trató de resistirla. Sus manos perdían adherencia y comenzaban a ceder. Al sufrir el doloroso estiramiento de su cuerpo un fatal cosquilleo recorrió sus exhaustos miembros. Jamás había experimentado una sensación de vértigo tan aguda. Su cuerpo, colgando lastimosamente, tiraba de él con una fuerza incontenible. Las palmas de sus manos golpearon con rabia aquel suelo, frío e indiferente, que se negaba a proporcionarle alivio alguno, pero su desesperación solo logró acelerar la velocidad con que se deslizaba hacia el fondo del abismo. En medio de aquel terrible paroxismo, pensó que todo terminaba y cerró los ojos. Un último resbalón desencadenó la caída. En ese preciso instante, Akhón sintió el inesperado contacto de unas manos que detuvieron su caída milagrosamente. A pesar de la excitación, fue incapaz de reprimir su curiosidad y abriendo de nuevo sus ojos alzó la mirada.

—¡Ramosé! —exclamó atónito— ¡Eres tú! ¡Por todos los dioses de Nubia!

El joven egipcio comenzó a izar a su sorprendido amigo. Tan pronto como le fue posible, Akhón colaboró en la maniobra y tras una poderosa flexión de sus brazos se aupó de nuevo alcanzando por fin el firme del corredor. Derregados por el enorme esfuerzo realizado, los dos jóvenes se dejaron caer sobre el suelo. Instantes después, Akhón comenzó a incorporarse lentamente. Gran parte del suelo había desaparecido. Tan solo una estrecha hilera de losas, situadas a la izquierda del pasadizo, habían resistido el colosal hundimiento. De repente, escucharon el inconfundible sonido de unos pasos. Los dos amigos se miraron alarmados. Akhón miró a Ramosé y señaló hacia el otro lado del corredor. A punto estaba de iniciar la huida cuando el joven egipcio lo detuvo. Ramosé, haciendo un inequívoco gesto, le ordenó guardar silencio. Después, susurrándole al oído, le invitó a seguirle.

Tras recorrer un parte del pasadizo, Ramosé se detuvo al llegar ante otra de las cámaras y entró en la estancia. Akhón observó asombrado cómo el joven tanteaba un enorme pilar que se alzaba en el centro de la sala sobre el que estaba representada la figura del dios Anubis. Tras hundir sus dedos en los ojos del chacal, el pilar se dividió y comenzó a desplazarse hacia ellos. Pronto quedó al descubierto el nicho excavado en su interior. En ese instante, Ramosé se volvió hacia su amigo ordenándole que entrara. Akhón se resistió.

—Imposible, Ramosé. No cabremos los dos.

El joven egipcio calibró la situación. Observó varias veces el interior del pilar calculando sus dimensiones y el espacio que necesitarían. Por un momento, pensó que Akhón tenía razón. En ese instante, las voces de Tahar y Alara resonaron con fuerza desde el corredor. Pronto les alcanzarían. Su plan estaba a punto de fracasar.

—Debemos intentarlo —insistió Ramosé—. Es posible que lo consigamos.

Akhón, dejando de lado sus reticencias, se acercó.

—Tal vez quepamos de lado —sugirió—. Probemos.

Los dos amigos se situaron uno en frente del otro y lentamente intentaron penetrar en aquel reducido hueco.

—A la vez —ordenó Akhón—. Abrázate a mí y muévete al mismo tiempo que yo.

Ramosé obedeció. Sus cuerpos, adaptándose poco a poco al angosto habitáculo, quedaron encajados dentro de él. El egipcio volvió a pulsar los ojos de Anubis. Las hojas del pilar se cerraron.

Casi al mismo tiempo, Tahar descubrió la cámara y penetró en ella. Alara, que desde el incidente de la trampa caminaba siempre pegado a él, le siguió.

Mirando a través de los ojos del chacal, Ramosé observó a los soldados aproximándose al pilar. Tahar se detuvo frente a él. Al recorrer con sus manos el relieve policromado de Anubis reconoció al dios. Tahar no respetaba a la mayoría de los dioses, pero el chacal era distinto. Aunque no temía a la muerte, tampoco estaba dispuesto a crearse innecesarias enemistades.

Ignorando los pensamientos del veterano soldado, Ramosé aguardaba expectante temiendo que llegase a descubrir el escondido mecanismo que ocultaban los ojos del dios. Akhón sentía la agitada respiración de su compañero mientras trataba de intuir lo que ocurría. Transcurrieron unos instantes que parecieron interminables. Afortunadamente, Tahar terminó de reconocer el pilar y dirigió su atención hacia el resto de las pinturas de la estancia. Todavía no había terminado de inspeccionarlas cuando Alara, desde el umbral de la sala, lo reclamó con urgencia.

—¡Tahar! ¡Tahar! He visto una luz —dijo excitado.

El veterano soldado salió de la cámara y se reunió rápidamente con su compañero. Alara señaló en dirección al lugar donde había visto la luz. Tahar escrutó atentamente aquella parte del corredor. El suelo de aquel tramo, a diferencia del que acababan de atravesar, seguía firmemente asentado. Al parecer, los efectos provocados por la trampa que había activado Akhón no le habían afectado. Mantuvo fija su mirada, sin apenas parpadear, hasta que el cansancio le hizo desistir. Allí no había nada. Alara insistió. Entonces, de repente, la vio.

La extraña luz se movía a intervalos regulares de un lado a otro del pasadizo. Al llegar ante el muro se detenía, permanecía suspendida en el aire unos instantes y súbitamente se introducía en la pared desvaneciéndose dentro de ella. Poco después reaparecía en un lugar distinto, revoloteaba caprichosamente y volvía a sumergirse en el muro desapareciendo otra vez. Los soldados seguían asombrados sus evoluciones sin comprender la naturaleza de aquel prodigio. De repente, avanzó hacia ellos y se detuvo a pocos pasos de donde se encontraban. Suspendida a media altura, en el centro del pasadizo, se mantuvo inmóvil unos instantes. Después, empezó a retroceder lentamente. Era evidente que aquella extraña claridad les invitaba a seguirla.

—Podría ser una trampa —advirtió Tahar—. No hay duda de que aquí se esconde una magia poderosa —añadió.

—Es posible —asintió Alara—, pero no lo sabremos nunca si no la seguimos. Mira, Tahar —continuó—, hace tiempo que hemos perdido el rastro del muchacho. Si no damos pronto con él corremos el riesgo de quedar atrapados en esta tumba para siempre. Por no mencionar las trampas que podrían aguardarnos más adelante. Mientras esa luz nos ilumine no tenemos nada que temer. No creo que perdamos nada siguiéndola.

—Tal vez tengas razón —reconoció su compañero—. Necesitamos encontrar a ese maldito muchacho cuanto antes. Sigámosla.

Tomando toda clase de precauciones, los soldados avanzaron hacia ella. La luz comenzó a moverse poco a poco dándoles tiempo a seguirla. Mantenía siempre la misma distancia, iluminando su camino sin desaparecer en ningún momento. Precedidos por ella, los dos guerreros completaron el recorrido del segundo corredor sin sufrir ningún nuevo percance. Pronto alcanzaron la escalera que conducía al nivel inferior. Sin mediar palabra, Tahar y Alara comenzaron a descender hacia la última galería del hipogeo.

La luz les esperaba al comienzo del corredor inferior. Cuando lo alcanzaron, se puso de nuevo en marcha indicándoles el camino a seguir. Se desplazó hacia la pared de la derecha y continuó avanzando pegada a ella. Tahar y Alara hicieron lo mismo. De repente, una víbora se interpuso en su camino. La serpiente levantó su triangular cabeza y los miró. Tahar y Alara desenvainaron sus espadas dispuestos a defenderse, pero el áspid no tenía ninguna intención de atacarles. Por el contrario, se dio la vuelta y continuó serpenteando en dirección al final de la galería. Lo hacía lentamente, como invitándoles a seguirle. Cuando comprendieron que el reptil no suponía ninguna amenaza, prosiguieron. La luz y el áspid les condujeron hasta el final del corredor.

No tardaron mucho en alcanzarlo. Los dos guerreros se quedaron extasiados. Una majestuosa portada, repleta de pinturas y jeroglíficos, se alzaba ante sus ojos guardando la cámara funeraria de Tutmosis III. Observaron los espléndidos dibujos que amenazaban con toda clase de desgracias a quienes se atreviesen a violar la sagrada cámara. A pesar de las advertencias y maldiciones, era evidente que la puerta se había abierto en más de una ocasión tras la muerte del rey. Ignorando dónde se hallaban, permanecieron unos instantes contemplándola. De repente, el áspid se introdujo por una pequeña rendija situada al lado de uno de los dinteles y desapareció al otro lado del muro. Al momento, la luz se apagó sumergiéndoles en la más completa oscuridad. Los soldados se asustaron. Temiendo que apareciesen más reptiles, juntaron sus cuerpos en actitud defensiva. Permanecieron así hasta que escucharon un seco y potente ruido. La puerta comenzó a abrirse lentamente. Poco a poco, la luz volvió a encenderse iluminando la cámara funeraria. En su centro reposaba el sarcófago del rey.

Los soldados no lo pensaron dos veces. Nerviosos y excitados, atravesaron la puerta y entraron. Poco les importaba ya no haber encontrado al muchacho. Sin su ayuda y la de su maldito mapa habían conseguido alcanzar su objetivo. Estaban convencidos de que pronto descubrirían el tesoro del faraón. Eso era lo único que importaba. Alara y Tahar, sin embargo, sufrieron la mayor decepción de sus vidas. Las ricas pinturas de la cámara y el sarcófago vacío del rey era lo único que quedaba en el interior de la cámara. La tumba no contenía ningún tesoro. No había estatuas, máscaras, colgantes, broches, pulseras o pectorales de oro. Tampoco collares de lapislázuli o esmeraldas. Ni siquiera la momia del faraón se encontraba en el fondo de su sarcófago. Alguien se les había adelantado.

Los guerreros maldijeron su suerte y comenzaron a golpear las paredes de la cámara furiosamente buscando un resorte escondido o un mecanismo oculto que les franqueara el paso a otra cámara. Los desgraciados soldados esperaban encontrar una estancia aneja en la quizás hubiesen ocultado el tesoro del faraón. Pronto se cansaron. Apoyados en el sarcófago de Tutmosis compartieron su frustración. En ese momento, la puerta comenzó a cerrarse. Tahar y Alara se precipitaron hacia ella para no quedar encerrados, pero el áspid reapareció de repente, se irguió amenazadoramente ante ellos y se interpuso en su camino impidiéndoles alcanzar la puerta. Justo cuando comenzaban a desenvainar sus espadas, la luz dejó de brillar y se extinguió. Los dos soldados quedaron completamente a oscuras perdiendo la referencia de la puerta. Tan solo el silbido del áspid les recordó su letal presencia. Los guerreros retrocedieron instintivamente mientras el portón, con gran estruendo, se cerraba completa y definitivamente.

Al escuchar la llamada de su ama la víbora recobró su posición habitual, se introdujo de nuevo por la estrecha rendija que había utilizado antes y abandonó la estancia real para regresar al

corredor de la tumba. Junto a la cámara, iluminada por su misteriosa luz, se alzaba la enigmática figura de Shut. El áspid se arrebujó a sus pies como si fuera un leal perrillo. La hechicera, insensible a los desesperados gritos que brotaban del interior de la cámara, dio media vuelta y se alejó de allí seguida por la serpiente.

Shut ascendió con agilidad la escalera de acceso al segundo nivel de la tumba y regresó a la capilla donde seguían Ramosé y Akhón. Los jóvenes, ajenos a cuanto había sucedido, permanecían escondidos en el interior de la estatua de Anubis sin atreverse a abandonarla. Casi cayeron al suelo cuando la hechicera presionó los ojos del chacal y se abrió el pilar. Tosieron y jadearon hasta recobrar la respiración. Tras recuperarse, vieron a Shut aguardándoles pacientemente. Suponiendo que el peligro había pasado, agradecieron su oportuna intervención. La hechicera, parca en palabras, apenas les prestó atención. Sin darles más explicaciones les ordenó que le siguieran. Tenían que abandonar aquella tumba y reemprender su camino. Antes de ponerse en marcha, Shut le pidió a Akhón el mapa. El nubio obedeció inmediatamente. La hechicera desplegó el mapa y les mostró el recorrido que debían seguir. Como ya sabían, se encontraban en el hipogeo de Tutmosis III. Desde el lugar de la tumba que luego les indicaría, siguiendo un pasadizo excavado en el subsuelo del valle que arrancaba de ella, alcanzarían una bifurcación. Tenían que seguir el ramal situado a su izquierda. Tras recorrer unos trescientos codos llegarían a su destino: la tumba de Amenhotep II. Una vez allí, solo tenían que esperar y prepararse para afrontar un nuevo e inesperado encuentro. Shut estaba convencida de que sabrían cómo actuar cuando llegara el momento, así que no consideró oportuno darles más detalles.

Para encontrar la entrada al pasadizo debían volver al nivel superior y atravesar el corredor hasta alcanzar la capilla lateral que quedaba a su derecha. Una vez allí tenían que entrar en ella. Junto a la representación del juicio de los muertos encontrarían una pintura de Osiris amortajado como un difunto. Sobre su blanquecino sudario distinguirían el dibujo de un *Ankh*, la llave de la vida. Presionándola, liberarían la puerta que escondía el acceso al pasadizo que les conduciría al hipogeo de Amenhotep II.

Antes de despedirse, Shut extrajo una de aquellas misteriosas lámparas que utilizaba para iluminarse. Encendió la madera que nunca se consumía, la introdujo en un artefacto similar al que solía emplear y se la entregó. Lamentablemente, no podría acompañarlos. Aunque no les explicó las razones que se lo impedían, no debían preocuparse: seguiría protegiéndoles desde la distancia. Nada malo iba a ocurrirles. Les tranquilizó escuchar sus palabras. Shut había sido categórica, así que decidieron no atosigarla con preguntas. Confiaban en ella. Akhón y Ramosé partieron en busca del pasadizo que les conduciría a la siguiente etapa de su agitado e imprevisible viaje. Al llegar ante la escalera que conducía al segundo nivel volvieron sus ojos para despedirse, pero Shut había desaparecido ya.

